IDEAS Y FIGURAS

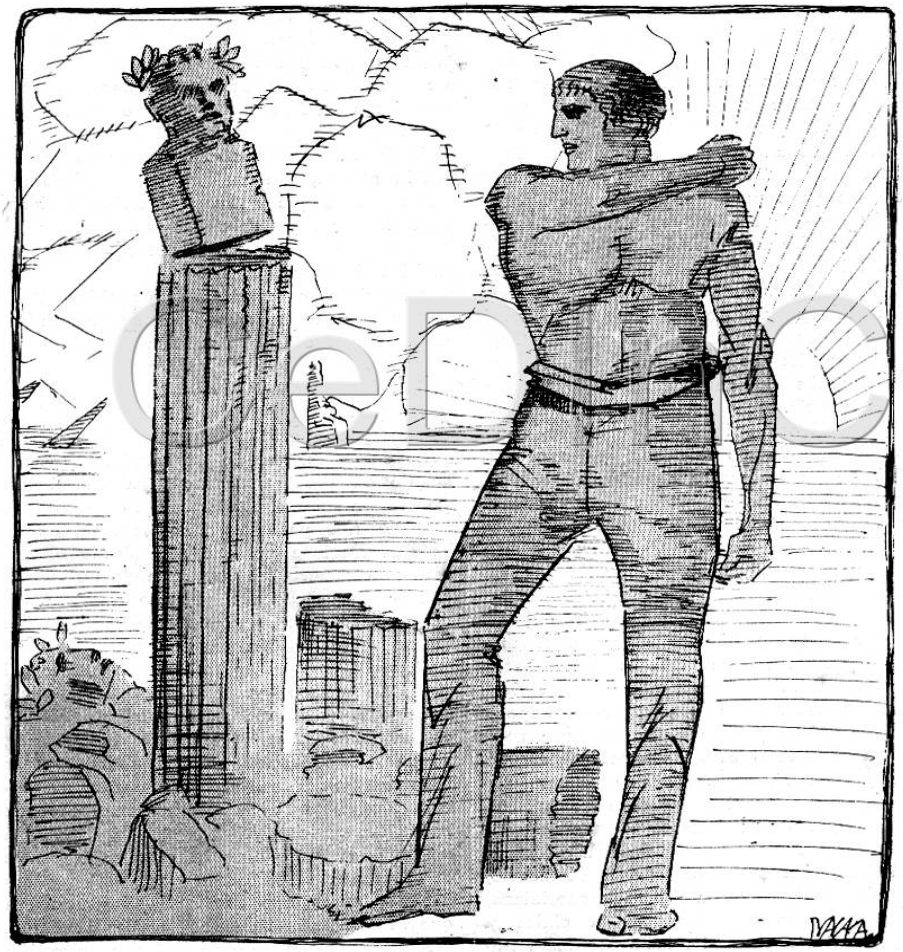
REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

Oficinas: SARMIENTO 2021

ALBERTO GHIRALDO
DIRECTOR

Año IV — BUENOS AIRES, JULIO 11 DE 1912 — Número 75

LA REVOLUCIÓN SOCIAL DE MÉXICO



SUMARIO: EL COMUNISMO EN AMÉRICA: La revolución de México. Origen. Historia. Significación del movimiento. — Palabras preliminares. El porqué de este número. Antecedentes. La revolución actual. Los que dirijen la revolución. La opinión de Kropotkine. El comunismo entre los indios. Un manifiesto. Zapata y el zapatismo. — Manifiesto de los anarquistas de Montevideo contra el periodismo argentino.—El viejo Creaghé.—Los aspectos brutales de la lucha social. El caso Soberanas.

Dib. de Macaya.

Los aspectos brutales de la lucha social

JUSTICIA VENGATIVA

Justicia y venganza; he aquí dos vocablos que no pueden yuxta-ponerse sin constituir una irreductible antitesis ó una bizarra paradoja. Esto en cuanto á los conceptos que en ellos se encierran. En la vida práctica es distinto: la justicia, entendiendo por tal á la institución encargada por el estado de hacer cumplir las leyes y de castigar á los que las infrinjen suele, frecuentemente acompañarse de esa dama adicta que se llama la venganza. Y en nuestro país más que en ninguna parte.

La descripción de un caso particular. más que todos los razonamientos, demostrará como es de adecuado el subtítulo de este artículo.

Francisco Soberanas obrero antiguo militante de la Federación de Marineros y Foguistas está preso desde hace meses en la Cárcel Nacional. A tres años de confinamiento, en la Tierra del Fuego, — una bicoca de pena para nuestros *modernísimos* penalistas — le condenó en primera instancia el Juez Federal Dr. Jantus, esa especie de divinidad de piedra, impasible, que exhumara expresamente para interpretar y aplicar la ley draconiana el Presidente Saenz Peña. Y, con la tranquilidad que se tiene cuando se ha hecho el bien, la Cámara Federal acaba de confirmar el fallo de primera instancia.

¿Los motivos? Primero el de ser un obrero consciente de sus derechos, que aquí ello constituye delito grave; segundo el de ser extranjero, porque Soberanas es español y por fin, el más importante de todos, el haber regresado al país después de haber sido expulsado de acuerdo con la ley de seguridad social.

Ahora bien; después de todo lo expuesto se comprende bien que hay aquí una gran injusticia y que nada se puede hacer ya para remediarla desde el punto de vista legal. El libertario está bien preso, imposible le será escapar de entre las mallas de la ley. Pero todo esto no significaría gran cosa y nos abstendríamos de gastar una plumada de tinta si el proceso no hubiese tomado otro cariz, durante su tramitación.

Incidentes insólitos han venido á acentuar sombríamente sus contornos y á destacarlo, del gris monótono de la injusticia cuotidiana, como un ligero acusador de la cínica y despampanante parcialidad de los magistrados argentinos.

Veamos. Es cierto, bien cierto, que Soberanas regresó al país en desacuerdo con las leyes que rigen la materia, pero no es menos cierto que esto fué contra su voluntad. ¿Cómo podía él abrigar el deseo de caer nuevamente bajo un gobierno que primero le atrajo con promesas falaces, que le exprimió hasta la última parcela de sus energías en la faena brutal, después y que por fin le aventó desconsideradamente, cruelmente, peor que á bestia dañina? ¡No jugueis á la paradoja! ¡Oh jueces! ¡Ya que teneis en tan poco precio la vida y el honor de los hombres, respetad por lo menos la verdad; no la torturéis!

La realidad es muy otra. Contra los más fervientes anhelos de la víctima de hoy, quiso la fatalidad conducirle á nuestras playas en calidad de fogonero de un trasatlántico y que se enfermase estando á bordo, durante la permanencia de aquel en el puerto de Buenos Aires, aquejado por una antigua y dormida afección en su organismo desmedrado de sempiterno paria del trabajo y de la injusticia social. En este estado Soberanas era un inútil, algo que estaba demás, que sobraba dentro del buque y hubo de bajar á tierra apremiado un poco por estas circunstancias y otro poco por el deseo natural de buscar lenitivo á sus dolencias.

¿Pensó. entonces, en la probabilidad de volver á caer en manos de sus encarnizados perseguidores? ¿Confió talvez en que su estado lastimoso, el espectáculo de sus miserias, ablandaría el corazón de los cancerberos policiales, hombres al fin, como él?... ¡Todo puede ser!

Lo cierto es, que de un hospital, á donde acudió en procura de medicina, fué á dar, por nueva vez, al Departamento de Policía, que de allí pasó á la enfermería de la Prisión Nacional y que allí, desde el miserable camastro, en que yace postrado, paralítico, ha escuchado primero la sentencia del Juez Dr. Jantus y luego la confirmación emanada de la Cámara Federal.

Después, resignado ya con su suerte, el preso ha pedido que le curen, que le atiendan su enfermedad; se ha dirigido al Director de la Cárcel, al Juez correspondiente, á todos aquellos de quienes podía esperar una resolución favorable. Más aún, un facultativo generoso ha querido interceder en su favor, solicitando que sea trasladado á un hospital; pero todo ha sido inútil: se le dejará morir en la cárcel como á un perro rabioso, antes que brindarle la gracia, ya que se le niega el derecho de ser auxiliado.

Alucinación de cerebro enfermo, pesadilla horrenda de espíritu desequilibrado, murmurará, al leer estas líneas, la multitud imbécil que solo vive para el cuidado de su estómago y de su bolsillo. Los otros, los jueces y los policías talvez encuentren en ellas un motivo para sonreir sarcásticamente.

AÑO IV — Buenos Aires, Julio 11 de 1912 — Núm. 75

IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

OFICINAS: SARMIENTO 2021 — ALBERTO GHIRALDO, DIRECTOR

El Comunismo en América

LA REVOLUCION DE MÉXICO

ORIGEN — HISTORIA — SIGNIFICACIÓN DEL MOVIMIENTO

Palabras preliminares

Las multitudes populares, han aprendido en unos cuantos lustros lo que no pudieron enseñarles infinitos siglos de experiencia. El principio de autoridad que fué hasta ayer el «alma mater», el elemento esencial de las sociedades humanas, ha fracasado bajo el régimen de la democracia. Ya que no nosotros—y vaya esto como disgresión—el porvenir sabrá reconocer en todo su valor este resultado profícuo de la gestión republicana y constitucional de hoy.

El espíritu antitético de aquél, el de la rebelión cunde. El armazón social se resquebraja y se agrieta por todas partes, lo mismo que la corteza terrestre á la presión de las energías cósmicas, trabajado intensamente por las fuerzas nuevas de la revolución.

La autoridad — que de epifenómeno, según las modernas concepciones, pasó á ser fenómeno máximo de la vida social inmediatamente que el hombre traspuso los linderos de la animalidad—es hoy una ilusión á punto de desvanecerse, lo mismo que el derecho vigente. Los estados modernos no son otra cosa que formidables cuarteles en donde el orden, creado por las minorías, respetado en virtud de las bayonetas y de las guillotinas. Y, á veces, de las bombas de dinamita, como en la Francia de la igualdad, la Fraternidad, etc.

Por más que se empeñen unos en cerrar las esclusas al torrentoso río del porvenir y se obstinen otros en emparedarse dentro de su cáscara de egoismo para no ver ni oír, los cimientos de la ciudad futura, glorioso ensueño de los precursores, están ya bien firmes. Nuevas formas de disciplina social, incubadas al calor del ideal libertario, han de implantarse sobre ellos...

La nerviosidad dolorosa, el desaliento, la angustia, la desorientación son fenómenos sintomáticos. Es la madre que está por dar á luz el hijo que ha de prolongarla en el futuro, es la vida que sufre preñada de las formas nuevas.

¿A dónde iremos? ¿Cuáles serán las formas sociales que suplantarán á las de hoy?... ¡Misterio! Al porvenir no se le planea, cuando más se le intuye... De cualquier manera, la experiencia que nos han dejado los antepasados y la nuestra propia nos autorizan á pensar que no retrocederemos. Sólo á los miopes del intelecto les está permitido creer sinceramente que ya no se puede ir más adelante y que el progreso de la especie ha clavado aquí su postrer jalón...

El corazón de Europa arde en las vastas hogueras revolucionarias de sus metrópolis; París, Londres, Barcelona, Milán, son los crisoles en que se están fundiendo las materias primas de la nueva humanidad. El proletariado de América se revuelve airado y amenaza con sus furias al capitalismo que pretende remachar en sus pies el grillete de la esclavitud industrialista. En el lejano y hasta ayer misterioso oriente las castas dominadoras, que habían vivido miles de años á expensas de los pueblos adormecidos en el sueño opiotizante de las religiones, han debido pedir ayuda á los patíbulos y á los fusiles de repetición para detener la marcha avasallante del espíritu de rebeldía... ¡No existe seguramente un sólo rincón de la tierra, en que alienten vidas humanas, en

donde no haya vibrado la voz de los innovadores contemporáneos!

Tal es el momento.

El por qué de este número

La atención universal está fija, como hipnotizada, en el espectáculo emocionante de la revolución que se desarrolla dentro de los límites de la república mejicana. Esta revolución es, sin duda alguna, uno de los hechos más ponderables, que hayan producido los revolucionarios, desde la famosa Comuna de París, hasta los días que corren y quizá de sus resultados finales dependa el futuro giro que tomarán los acontecimientos sociales en los países que están en idénticas condiciones que México.

Por todas partes, en América y en Europa, los trabajadores y los partidarios de sus reivindicaciones, han oído el llamamiento de los comunistas mexicanos, y han respondido con su aprobación entusiasta y más que todo, con su ayuda material. Los conservadores, por su parte, estudian y siguen afanosamente la marcha del movimiento, no olvidándose de incitar, de cuando en cuando, á Madero á que extermine de una vez la hidra libertaria.

En este país, donde, hasta hace poco tiempo, la relativa libertad, que comporta su constitución republicana federal, hacía posible el libre examen de todas las ideas y de todos los hechos, por más extremadas que fueran aquellas y por más extemporáneos que resultaran estos, no se ha hecho caso de esta revolución. Esceptuando la anémica prensa revolucionaria, leída únicamente por un escaso número de gentes interesadas, el periodismo argentino ha silenciado sus orígenes y su finalidad y cuando más ha hecho se ha limitado á transcribir los telegramas confeccionados por los representantes ó agentes del mismo Madero.

Para ilustrar el juicio público—hasta ahora alimentado por fuentes de información sospechosas—hemos ordenado estos datos y las consideraciones que van á leerse, por medio de los cuales podrá aquel completarse ó modificarse, según el caso.

Antecedentes

Los campesinos que hoy se baten con tan singular denuedo, entre los «chaparrales» de las campañas del Norte y del Centro de México, en contra de las fuerzas militares del gobierno de aquel país, no son vulgares bandoleros, movidos únicamente por fines de saqueo y de matanza, como afirman los representantes de Madero y como lo creen quienes carecen de otras informaciones que no sean los telegramas confeccionnados por el agencierismo internacional. Al contrario —y esto será demostrado con datos fehacientes de insospechable orígen—participan en la determinación de su conducta no solamente la levadura de los ideales socialistas ó anarquistas contemporáneos, sino también y muy principalmente, un conjunto de circunstancias históricas dignas de ser estudiadas y conocidas.

Los españoles que pisaron la tierra mexicana,—la famosa «Calda Fornax» de los que arribaron á las regiones calientes—por primera vez, encontraron allí numerosos pueblos y razas, distribuídos sobre el inmenso territorio, en un grado de civilización bastante avanzado con relación á la época y al verdadero concepto del progreso, cuya esencia de significación está ligada á la idea de la felicidad colectiva. El conocimiento de las instituciones de dichos pueblos, basado, principalmente, en el estudio de los monumentos y reliquias salvadas de la furia destructora de los invasores europeos, es tan vulgar hoy, que no debemos insistir en su repetición. En cambio mencionaremos algunos datos referentes á su organización política y á la situación en que los colocó la pérdida de su independencia, después de la conquista.

Pocos documentos, de la primera época, se han salvado. Los frailes destruyeron, en ese entonces, los archivos. A este respecto dice un historiador contemporáneo, que el arzobispo español Zumarra, ordenó á sus fieles que quemaran todas las tablas ó «papiros» que estuviesen escritos en lengua geroglífica ó en cualquier otro idioma, siempre que su contenido fuese en contra de los dogmas cristianos.

Pero de cualquier manera los relatos y las memorias de aquel tiempo y las observaciones practicadas posteriormente, hasta hace pocos lustros, coinciden en demostrar que una gran parte de los primitivos mexicanos vivían en un comunismo casi perfecto, de acuerdo, en este punto, con la admirable religión dominante «cuya altura de sentimientos no es superada ni si quiera por las religiones orientales».

He aquí lo que dice, al respecto Eliseo Reclus en su Geografía Universal—obra verídica si las hay—: «Los «Taraumaras» y otros indígenas de Chihuahua, Sonora y Sinaloa—que son precisamente las provincias más convulsionadas en la actualidad—viven en un apacible y feliz comunismo. Están divididos en grupos ó tribus poco numerosas. Cada uno de estos grupos es propietario de una fracción indivisa de tierra, proporcional al número de sus componentes. Se dedican principalmente á la Agricultura, como sucede siempre en los pueblos civilizados. La cosecha: trigo, maíz, judías, etc., se deposita en un lugar público, que suele ser una especie de almacén de grandes dimensiones, y allí concurren todos á sacar una parte correspondiente á sus necesidades». Consiste que este eminente escritor tuvo ocasión de constatar de «visu» los hechos que describe, en medio de algunos grupos indígenas que hasta hace treinta años conservaban todavía la posesión de las tierras, que después fueron á poder de los capitalistas yankees.

Podríamos exponer como elemento de refuerzo, la opinión y las observaciones de otros conocidos geógrafos é historiadores, pero hacerlo sería incurrir en repeticiones.

La conquista española, arrojó, á los que no se adaptaron al nuevo régimen, hácia las regiones inaccesibles del país. Y aunque la mayoría se sometió, era lógico que, quienes estaban ocostumbrados á un régimen semejante tan equitativo, conservaran en forma de aspiración la antigua tendencia comunista é igualitaria. En efecto, numerosos levantamientos indígenas se produjeron durante el período colonial, presentando todos el mismo aspecto económico, por darle alguna denominación. Y después del triunfo de la revolución que dió á México la libertad política, después de Hidalgo é Iturbide, los campesinos que, al igual de nuestros gauchos, fueron allí el elemento de acción, todopoderoso, al sentirse defraudados en sus esperanzas, como lo habían sido antes los descamisados que dieron vida con su sangre á la república francesa, por los nuevos amos federalistas, hicieron una contrarrevolución que fué sofocada, un poco con la violencia y otro poco con la ilusión de nuevas promesas... ¡Que siempre los oprimidos fueron los más crédulos y los más ilusos!...

En el año 1825 los «Yaquis» y los «Mayas» de la Costa de California intentaron otro levantamiento, declarando que desconocían para siempre la autoridad del gobierno de la república y proclamándose exentos de todo tributo.

La Revolución actual

Después de estas tentativas abortadas, el proletariado de los campos cayó en la más lamentable apatía. Salvo algunos grupos aislados de indígenas que conservaron su independencia, entre montañas inaccesibles y selvas agrestes, las mayorías acataron esa especie de feudalismo rural que considera á los trabajadores como parte integrante de la propiedad territorial.

En este punto hay que reconocer que solamente los grandes terratenientes rusos igualan en prepotencia y en descuido criminal de la vida de los obreros, á los encopetados plutócratas mexicanos.

Pero como era de presumir, al contacto de las nuevas ideas y sobre todo de las que propagan los comunistas anárquicos y constreñida por la inaudita violencia de un capitalismo filibustero, la conciencia popular ha estallado nuevamente.

Difícil sería fijarle una fecha de comienzo á este movimiento y en cuanto á las incidencias de su desarrollo, ellas son á tal punto caprichosas, que necesariamente el comentador se vé obligado á rehuir toda tentativa de sistematización, por más esquemática que se pretenda. Por otra parte, po-

co tiempo les quedará á los que defienden su vida y su bienestar con el fusil al brazo para contarnos los pormenores de su vasta empresa y los que miran desde las fronteras, han de ver deformados los sucesos á conveniencia del partidismo que parcializa sus juicios.

Apesar de todo, trataremos de despejar de entre el conjunto complicado de hechos y de ideas, que constituyen la revolución mexicana, algunos aspectos que bastarán para sugerirnos una completa idea acerca de su orientación y de sus fines.

En el año 1907, cayó bajo nuestros ojos un periódico anarquista que insertaba en sus columnas, modestamente y así como si no se diera entera fé á su contenido, la siguiente noticia: «Los comunistas anárquicos de la frontera de México y Estados Unidos se han apoderado de las tierras incultas del estado y han llevado su atrevimiento hasta el extremo de empezar á cultivarlas. Se ignora aún la actitud que asumirán las autoridades frente á este acto expropiador de los compañeros de México». Sugerente era la noticia, apesar de su laconismo, pero no pudimos obtener su confirmación, ni ulteriores noticias acerca de la suerte de la presunta colonia de libertarios comunistas. Este es un buen dato.

Y he aquí otro que tiene también su importancia: México está en contacto directo por continuidad de territorio y por la perfectibilidad de las comunicaciones con una série de países en los cuales se desarrolla actualmente un vivo é interesante movimiento anarquista. Son estos países: Estados Unidos, (Tampa, Bane Vermont, Los Angeles, etc), Cuba, Puerto Rico, Panamá, etc. Un continuo intercambio de ideas y de hombres se viene realizando desde hace años entre aquél y estos países, lo que ha dado ya motivo á gestiones de Cancillerías y al funcionamiento de una policía internacional, todo ello con el fin de perseguir eficazmente á los representantes del doctrinarismo avanzado.

Volviendo al tema. Después de aquella noticia, supimos que una fracción liberal en que militaban los Flores Magón y otros encaraba resueltamente el aspecto agrario del problema obrero méxicano, convirtiendo en su programa de lucha las aspiraciones de las paupérrimas y expoliadas turbas campesinas y también que el gobierno de Díaz se había visto obligado á reprimir por medio de fusilamientos y represiones colectivas las huelgas que se venían produciendo con alarmante frecuencia. Si la memoria no nos traiciona, fué Vera Cruz el teatro del siguiente suceso, uno de los más macabros que registra la historia del proletariado militante: Una huelga de obreros, de no sabemos cual importante industria, habíase declarado con motivo de una baja de los salarios. Pasaban los días y los huelguistas se obstinaban en no volver al trabajo hasta no ver satisfechos sus reclamos. La policía, apesar de los medios legales é ilegales de que dispone allí, como en todas partes, para resolver estas incidencias de la vida social, se estrellaba sin resultado contra la roca firme de la solidaridad de aquel puñado de proletarios.

Así las cosas, intervino el presidente de la república:—¿Por qué hacen huelga y cuántos son los huelguistas—interrogó á uno de sus fieles...—¡Por nada, excelencia!... Como sobraban brazos, se han rebajado los salarios. Son cuatrocientos los descontentos—contestó éste.—Bueno, pues, hay que matar á doscientos de ellos para que los demás cobren su antiguo salario y se olviden de hacer huelgas...—Así se hizo: al otro día, en circunstancias que se efectuaba una reunión de huelguistas, cayó la tropa sobre ellos, y los redujo á la mitad.

Pero Porfirio Díaz, había llenado su página política. La silla presidencial estaba cansada de él. Hace dos años y medio, más ó menos, se inició la revolución que se venía gestando desde mucho antes, encabezada por Madero y por los más notables políticos y capitalistas del país aludido. La tendencia comunista que estaba sofocada, pero no muerta, en el alma de las masas populares se expandió, entonces, á favor de la válvula abierta por los demócratas causantes del movimiento. Los campesinos de algunas provincias y sobre todo de las del Norte, se levantaron en masa movidos por quien sabe que sabio instinto que les avisaba, que era llegada la hora de su desquite. En ciertos puntos se apoderaron de las tierras y de los instrumentos de labranza, sin esperar órdenes de los jefes del movimiento y en otros el espíritu de venganza se manifestó con caracteres de inaudita violencia. Estos últimos, en vista de la necesidad de que el pueblo les diera su fuerza, aún con miedo, los alentaban con hermosas promesas á cumplirse después de la victoria. Hay que leer las primeras proclamas de Madero, libradas en los campamentos, para convencerse de la razón que asiste á los rebeldes de hoy, cuando lo motejan de traidor y de ambicioso.

Bien orientada la revolución y contando con la aprobación y la ayuda del pueblo, poco le costó el vencer á los ejércitos del gobierno, sin disciplina y carentes de todo entusiasmo por la causa que se les obligaba á defender. En ese momento se presentó el problema de la constitución de las autoridades provisionales que debían suplantar á las que estaban próximas á caducar y en ese momento, también, se produjo el primer choque de tendencias entre los distintos elementos que formaban las legiones revolucionarias. Ricardo Flores Magón, representante del Partido Liberal Méxicano, rechazó, en un documento que pasará á la Historia, la Vice-Presidencia que le ofreció Madero, proclamándose abiertamente, enemigo de toda formal de gobierno y de la propiedad privada, es decir, anarquista. Demás está el decir que grandes masas campesinas de los ejércitos y de los campos se declararon en contra de Madero y se dispusieron á realizar su viejo ideal de comunismo y de libertad.

Apesar de que en su seno se debatía robusto el gérmen de la contrarrevolución, la revolución antiporfirista triunfó. Abdicó el tirano que había conseguido mantener durante más de veinticinco años, á su pueblo, en la más abominable autocracia. Y Francisco Madero, fué á ocupar, como se preveía, su lugar en la silla presidencial, después de un tratado firmado por los jefes del movimiento y los representantes del gobierno caído.

Había llegado la hora crítica. Una de las primeras medidas tomadas por el nuevo gobernante, después de haber dispersado totalmente á los enemigos, fué la de ordenar el desarme y licenciamiento de las fuerzas de la revolución. Una gran parte de estos acató la orden, pero los trabajadores del campo encargados por la oficialidad improvisada préviamente de sus filas y por agitadores anarquistas y socialistas, se negaron á hacerlo hasta que la nueva situación no cumpliese con ellos sus promesas y compromisos: entrega de la tierra, abolición de impuestos, organización federalista y libre.

Los miembros del Partido Liberal Méxicano, los Magón, los Figuera y los Ribera, desde la frontera norteamericana en que se habían refugiado desde la ruptura con los maderistas, aprovechaban esta situación incierta de las masas campesinas y de los obreros de las ciudades, que habían caído nuevamente bajo la férula de sus antiguos explotadores, méxicanos, ingleses ó yankees, para incitarlos á hacerse justicia por medio de la acción directa. Por otra parte Emiliano Zapata, prestigioso jefe de las provincias del Noreste, recién advenido al credo comunista vino con un contingente de dos mil hombres á polarizar los elementos dispersos de la naciente revolución.

Al convencerse Madero de la inutilidad de una expectativa prolongada para los fines de la pacificación del país, hubo de recurrir á otros medios más expeditivos. Todo lo ha tentado: desde el soborno—con el cual ha conseguido que traicionasen á su causa tres ó cuatro jefecillos ambiciosos—hasta la amenaza de intervención yankee y esto sin contar la guerra de exterminio que viene llevando contro los rebeldes.

Las campañas pertenecen hoy, por completo á la revolución. Zapata, el «Atila del Sud» de las crónicas méxicanas, cuenta en ellas con más de un millón de adeptos, se-

CeDInCI

gún confesión de los mismos maderistas. Estos, lo mismo que los campesinos, vendeanos del 93, facilitan el paso de los rebeldes, los auxilian, los ocultan y en cambio son hostiles y rehacios para con las tropas federales. Y como los primeros les han devuelto—aunque no sea muy segura esta reforma—el dominio en común de la tierra y los han librado de toda tutela autoritaria es difícil que los bandos legales, librados por funcionarios, que sólo lo son de nombre, lleguen á modificar su conducta.

Como todos los conflictos agrarios—de España, Rusia, Italia, etc.—este de México ha tomado en ciertos lugares y en determinados momentos aspectos violentos y brutales. No solamente las crónicas de Regeneración y de los periódicos anarquistas de Estados Unidos, sino también las que dan El País, La Revista de las revistas y otros diarios conservadores de aquel país, vienen llenas de hechos inauditos: expropiaciones forzadas, ajusticiamiento de propietarios ó á la inversa de revolucionarios, incendios, saqueos, etc. Para demostrar lo que acabamos de decir nada será mejor que insertar algunos párrafos de una cualquiera de las proclamas lanzadas por los representantes de la insurrección. He aquí uno intitulado «A los Rebeldes»: «Rebeldes de cualquier bandería: no dejéis de fusilar á todo jefe ú oficial que impida que los pobres tomen de las tiendas, almacenes, trajes, etc., lo que necesiten. No dejéis de fusilar á los jefes y oficiales que se opongan á que los habitantes de las regiones en que operais, tomen desde luego posesión de la tierra y de la maquinaria de producción.

«Si no hacéis eso, la sangre derramada y la que se está derramando, sólo servirá para que se encarame sobre el pueblo mexicano un nuevo tirano.

«¡A espropiar!».

Los que dirijen la revolución

Con todo lo dicho hasta ahora, puede el lector hacerse una idea, aproximada, sinó exacta, del carácter del pueblo méxicano. Es necesario, ahora, exponer algunos datos acerca de los que sobresalen por sus condiciones de mando ó por sus virtudes revolucionarias dentro de las filas de aquél.

Desde luego, hay que hacer notar, que el movimiento no tiene ya su primitiva pureza, es decir, que la tendencia comunista no es la única que empuja á los rebeldes que pelean hoy en contra de las fuerzas del Presidente Madero. Políticos de toda clase, militares degradados por aquél, caudillos partidarios del viejo régimen porfirista aprovechan el estado de cosas planteado por los primeros y les ayudan con el pensamiento de que al final ellos serán los ganancioso. Los Orozco, los Vázquez Gómez y otros que dominan provincias enteras y que tienen ejércitos poderosos bajo su mando no pertenecen en realidad á la revolución; accionan por su cuenta y seguramente que el triunfo de cualquiera de ellos no comportaría la pacificación de México, pues de no llenar su gobierno las aspiraciones populares, sus propios soldados se encargarán de eliminarlo.

Si se quisiera señalar un jefe al movimiento, este no podría ser otro que Emiliano Zapata. Verdaderamente, es interesante la figura de este hombre, que después de haber sido subordinado de Madero, ha abrazado con tanto amor y tanto espíritu de sacrificio la causa de los desheredados. Apropósito de su actuación y de sus propósitos insertamos en este mismo número un notable trabajo, publicado en la «Revista de las revistas» órgano conservador que vé la luz en la capital méxicana. El nos eximirá de ser más extensos y demostrará mejor la verdad apesar de su procedencia.

En cuanto á los Flores Magón y los demás miembros de la directiva del Partido Liberal méxicano, debemos decir que su obra, en distinto sentido, es tan importante como la de Zapata y los otros jefes que dirigen la acción en los campos de batalla. Las teorías netamente anárquicas de aquellos se han abierto camino de tal manera que la conciencia de las mayorías revolucionarias está suficientemente preparada hoy para no creer en las promesas de ningún gobierno. Los centenares de anarquistas que predican con la palabra y con el ejemplo sobre los campos de batalla se han formado bajo la influencia de los valientes publicistas que dirigen «Regeneración» y si hoy combaten con tanto ardor á Madero y sus secuaces, duplicarán mañana sus energías para aniquilar á Orozco, Vázquez Gómez ó al mismo Zapata, si se diera el caso de que éstos modificaran su conducta con respecto al pueblo.

La opinión de Kropotkine

De una carta que Pedro Knopotkine dirige á Juan Grave, tomamos los siguientes párrafos que reflejan la opinión del ilustre sociólogo con respecto al movimiento agrario de México:

«Existe en el Norte de México un movimiento revolucionario bastante serio entre los paisanos; y el gobierno revolucionario no es capaz de dominarlo.

«Los colonos indígenas expropian á los señores. Se libran de tiempo en tiempo batallas, de que no solamente nos dá noticias «Regeneración», sino todos los grandes diarios méxicanos. Me han sido enviados de «Los Angeles», algunos ejemplares de estos, de diversas opiniones, en los cuales se marcan, de exprofeso, los parages concernientes á los encuentros entre las tropas del gobierno y los «insurrectos» y no son siempre los primeros quienes sacan la mejor parte en ellos.

«Escaramuzas sería tal vez un término más correcto para denominar estos encuentros, pues la palabra batalla debe aplicarse á choques entre fuerzas más numerosas.

«Tendría una mala idea de lo que son los movimientos agrarios—comprendidos los de Julio y Agosto del 89 — quien negase al que se desarrolla en el septentrión de Méxi, co, el carácter de tal.

«Me explico porque algunos amigos están desilusionados ante la revolución mexicana. Estos han soñado en campañas garibaldinas y no han encontrado nada parecido. En aquellas campiñas apacibles y llanas donde, tan pronto aquí, tan pronto á veinte leguas al Este ó al Sud ó al Norte del primer lugar, una aldea expulsa á los explotadores y se apodera de las tierras; donde después, veinte días más tarde, llega un destacamento de soldados del orden, ejecuta á algunos rebeldes y en el preciso momento en que parten victoriosos caen en una emboscada en que mueren la mitad; en esas campiñas, repito, los extranjeros no pueden hacer nada. No tienen la noción de lo que es un movimiento rural y es evidente que si llegan hasta allí se decepcionarán...»

El comunismo entre los indios

Hay que saber que los campesinos méxicanos, dice J. Vidal en el folleto «Historia de la revolución económica en México», son los descendientes de las tribus indias que lucharon contra la dominación española por haberles sido usurpados sus terrenos, habiéndose trasmitido de una generación á otra la voz de guerra hasta llegar alcanzar la tierra y la libertad que poseían antes que ningún ser «civilizado» fuera á aquellos fértiles campos y los subyugara bajo el nombre de una religión malvada y criminal y de un rey estúpido y autoritario.

Como un ejemplo de ello citaremos á los indios yaquis residentes en la Sierra Madre, en el norte de México, los cuales han luchado desde la dominación española hasta nuestros días, no habiendo podido llegar ningún ejército hasta las cumbres de las altas sierras en donde poseen los indios sus viviendas, sus riquezas y sus armamentos, habiendo aplastado miles de soldados que los virreyes ó los presidentes enviaban para someter á los indios rebeldes. Los indios yaquis cuentan en sus dominios con ricas minas de oro, plata y otros metales de valor, vendiendo estos productos en los Estados Unidos y proveyéndose al mismo tiempo de buen y abundante armamento que les facilitaba victorias y una protección segura contra los llamados «civilizados».

Este descontento y la continuada guerra de los indios contra los usurpadores de los terrenos ha sido una gran ventaja para los liberales, contando en la actual revolución con grandes núcleos de indios que luchan heroicamente por la misma idea de sus antepasados: «para la tierra libre y para

la independencia completa». De modo que la idea del comunismo no viene á ser nueva para los indios campesinos, pues inconcientemente han vivido dentro del comunismo por espacio de siglos, habiendo nosotros presenciado personalmente la vida que hacen los indios yaquis, en donde no existe ni la propiedad privada ni la autoridad política, trabajando y luchando todos en armonía para proporcionarse las comodidades de la vida y protejerse de sus enemigos, los «civilizados».

He aquí por qué alguien dijo que México es una excepción con lo que respecta á la realización del comunismo. El pueblo méxicano está ya predispuesto al comunismo, por tradición y por temperamento El campesino méxicano ama el terreno con libertad, pero lo detesta con la autoridad. Actualmente se halla en las haciendas bajo la condición de un verdadero esclavo, trabaja de sol á sol, va desnudo, descalzo y se alimenta con un puñado de maíz que el mayoral arrójale á cambio de azotes é insultos. El campesino no es libre de abandonar la hacienda, para ello, el propietario le ha hecho crear deudas con él, á cambio de darle los domingos algunos vasos de pulque ó tequila, alcoholes del país, y que al cabo de algunos años representa una fuerte cantidad que el campesino debe al propietario, no pudiendo abandonar la hacienda hasta saldar la deuda contraída.

No es, pues, la actual revolución de México hecha por un puñado de soñadores que quieren implantar el comunismo á viva fuerza sin contar con la simpatía del pueblo, sino que se trata de la continuación de un movimiento que data de muchos siglos, en donde los campesinos indígenas fueron subyugados y expropiados por un puñado de tiranos, tratando de libertarse y conquistar la tierra que sus antepasados cultivaban y gozaban de sus productos en completo comunismo.

Un manifiesto

Porque él encierra una opinión respetable damos á continuación el manifiesto dirigido desde «Regeneración», el órgano de los revolucionarios méxicanos, á los compañeros de la Argentina, Uruguay y de todo el mundo, por el viejo y valiente anarquista Juan Creaghe, actualmente en California:

«Compañeros: me creo en el deber de llevar á vuestro conocimiento mi opinión sobre el movimiento actual en México, como la de uno que ha tenido la oportunidad de formarla con cierto conocimiento de causa.

Salí de Luján, Argentina, el mes de Septiembre pasado para venir á Los Angeles, California, y resolví venir atravesando México, donde como todos sabíamos existía un movimiento revolucionario de carácter económico, á pesar del triunfo del partido político encabezado por Francisco I. Madero. Eso lo sabíamos porque lo habíamos visto en «Regeneración»; pero yo, entre muchos otros, dudaba de que fuera una realidad lo que leíamos, y cuando llegué á la ciudad México, no sabía dar importancia al movimiento encabezado por Emiliano Zapata y á la agitación provocada por nuestros compañeros de «Regeneración». Permanecí en México unos veinte días, sin haber logrado ponerme en contacto con algún compañero para tomar informaciones, pero por la lectura de la prensa burguesa, me he convencido de la inmensa importancia del movimiento mexicano. Cada día aumenta su fuerza. En los últimos días de mi estancia en México, los diarios burgueses se quejaban de que en ciertos Estados ó Provincias, toda la población, viejos, jóvenes, mujeres y niños eran zapatistas, y hoy he visto que un diario burgués y católico de la ciudad de México, *El Tiempo*, calcula que Zapata, á quién se ha aplicado el apodo de Atila del Sur, cuenta con tres millones de afiliados.

No tengo mucho que deciros, compañeros; sólo deseo llevar á vuestro conocimiento mi testimonio sincero y sin reservas de que el movimiento social mexicano merece todo esfuerzo y todo sacrificio de vuestra parte, y anunciaros que todo lo que veis en «Regeneración» es solamente un pálido reflejo de la realidad.

En mi concepto, México debe la suerte de estar á la cabeza de esta hermosa revolución económica y agraria á su condición económica desde la Conquista española. pues muchas tribus indígenas fueron despojadas de sus tierras por los conquistadores, mientras que otras se vieron despojadas de ellas por gobiernos tiránicos, y el descontento de las comunidades desposeídas, ha dado por resultado que todos los parias estén ahora resueltos á hacerse de la tierra, sin importarles el sacrificio que sea necesario hacer. Todos sienten la necesidad de ser dueños de la tierra.

Los más intelectuales de los mismos burgueses lo comprenden así y declaran en revistas y diarios que he tenido á la vista, que no podrá haber paz en México hasta que el pueblo esté en posesión de lo que considera suyo.

Compañeros: nuestro periódico «Regeneración» está llevando á cabo una propaganda verdaderamente necesaria y benéfica para sostener la causa de la Revolución; pero lucha con grandes dificultades como podéis ver por el enorme déficit que pesa sobre él. Tiene muy nobles compañeros que lo dirijen y son dignos de apoyo. Vosotros los ayudaréis haciendo honor á la palabra de vuestro viejo compañero».

Zapata y el Zapatismo

Para finalizar esta crónica, damos á continuación el artículo á que aludimos en otro lugar, aparecido recientemente en la «Revista de revistas» de México y firmado por Jorge Manrique:

«¿Recordáis la orgullosa carta de Emiliano Zapata, publicada en «El País» á mediados del período revolucionario que acaba de conmover á México? El jefe de las fuerzas federales destacado en persecución del general rebelde, escribió á éste instándolo para la rendición en nombre de la humanidad, y Zapata le responde orgullosamente que el hombre que combate por ideales libertarios, no se rinde, y que si tanto le duele el derramamiento de sangre, que lo haga cesar, entregándole la plaza...

Tan lacónica y altiva respuesta dió la talla del hombre que se había lanzado al frente de huestes indisciplinadas á combatir por la libertad, encarnada entonces en el jefe de la revolución, don Francisco I. Madero.

Vuelta la tranquilidad al país, mediante la capitulación del Gobierno y como consecuencia de la caída de Ciudad Juárez, después de haber surgido un Gobierno interino que fué como el pórtico levantado para que la revolución entrara por la vía de la legalidad, todos creyeron que el jefe suriano depondría las armas y volvería al trabajo, pues que parecían conquistados los ideales por los que tan bizarramente se lanzara á la lucha armada.

Pero México recuerda los distintos licenciamientos de las fuerzas de Zapata; recuerda también la generosa acción del leader revolucionario yendo al antro del rebelde para reducirlo á la paz y recuerda, por último, el fracaso de las diversas gestiones para pacificar Morelos y llevar la tranquilidad á las poblaciones amenazadas y á los propietarios presas del sobresalto. El fracaso de esas gestiones hay que atribuirlo á algo más hondo que al espíritu de bandidaje de que nos dice la prensa hallarse animadas las huestes de Zapata. El problema está aún en pié pavorosamente amenazador, y ni el camino de la conciliación ni el camino de la fuerza han podido resolverlo hasta hoy. Esto nos está indicando que, en el fondo, el alma del zapatismo está constituída por una aspiración fuerte y vigorosa, arraigada en la conciencia de los pueblos sublevados. No se trata simplemente de bandidaje, porque en el curso regular de los fenómenos sociales, no es posible concebir que una porción de tanta importancia de la sociedad se lance conscientemente, levantando la bandera del bandidaje y arrastrando tras de esta bandera infame núcleos sociales más ó menos numerosos.

Es que, para el zapatismo, Zapata no es un bandido; Zapata no es un foragido enemigo del bienestar de la sociedad, al que hay que aplastar á sangre y fuego á virtud de un movimiento inmenso de defensa social.

Para los Zapatistas, Zapata es un Cristo; es el profeta que viene á predicar con la acción y con las armas en la mano la metafísica idea de la igualdad: igualdad política, igualdad social y, sobre todo, igualdad económica. Dícese que los peones de las haciendas del Estado de Morelos ganan apenas lo necesario para arrastrar penosamente una precaria existencia: dícese más: dícese que esos peones consideran como suya la tierra que labran, y que les fué arrebatada por la fuerza y por la brutalidad de la conquista española; dícese también que sufren todavía las consecuencias de aquella obra de la violencia, pues que miran al administrador de la hacienda como el representante legítimo del conquistador, armado aún con los tremendos atributos de «horca y cuchilla». Si esta es la verdad, ¿cómo es posible que no corran tras las huellas de Emiliano Zapata que les promete la igualación general, la reivindicación de lo que ellos consideran como suyo, la abolición de una esclavitud que, si no han creado nuestras leyes republicanas, es el producto de condiciones económicas que no por ser naturales son menos crueles é irritantes?

Es un error el intento de hacer creer al zapatista que Zapata es un criminal á quien debe exterminarse como á un animal dañino; es un error, porque el zapatista ve en su jefe el apóstol indómito que levanta la enseña de la regeneración. El mismo Zapata debe hallarse hondamente penetrado de este papel, y la gloria que él quiere conquistarse redimiendo á su pueblo de la esclavitud económica y de la esclavitud social en que hace siglos gime, no la cambiaría acaso por todos los tesoros del Gobierno.

Si queréis comprender toda la trascendencia del movimiento zapatista, debéis bajar hasta la psicología del «peón de hacienda». Analizad esa alma y en ella encontraréis cristalizados los odios de varias generaciones, los deseos de venganza de luen-

gos ultrajes, los dolores de tantos años de sufrimientos y de esclavitud y la rabia concentrada del que nada tiene sino su sangre para ofrecerla alegremente en holocausto á la idea de la emancipación económica y social. Esos odios comprimidos y esos ardientes deseos de nivelación han estallado al fin encarnando en ese profeta, que no combate con la resignación, ni predica como el Cristo dulcísimo, la felicidad mediante la renunciación, sino que combate como Mahoma con las armas en la mano, que busca la nivelación social y la igualdad económica á fuerza de sangre, y que predica por el hecho.

En estas condiciones, el enemigo es formidable: porque, en realidad, injustas ó justas sus demandas y sus quejas, combate por un ideal que ha arraigado en la conciencia popular, y que hay que arrancar de cuajo para traer la tranquilidad á la sociedad amenazada.

No es bandera política la que tremola Emiliano Zapata. La bandera que este hombre ha levantado y á cuyo alrededor se aprietan sus huestes temibles, es bandera eminentemente socialista. Zapata y los suyos ni entienden de principios de Gobierno, ni jamás se han detenido á reflexionar cuáles son las necesidades de orden político que han atormentado á México, ni tienen idea de lo que significan los dogmas de «sufragio efectivo y no reelección», que interesaron sólo á los elementos intelectuales y que fueron como el nervio de la revolución de noviembre de 1910.

Los zapatistas no entienden de libertad de imprenta, ni entienden de separación de la Iglesia y el Estado, y es hablarles en griego intentar demostrarles la sublimidad de los principios á cuyo nombre y por cuya realización se convulsionó la República en meses pasados. El zapatista lo que sabe es que hay seres privilegiados de la sociedad, que están hartos, mientras que él está hambriento; lo que sabe es que debe desempeñar una tarea penosa á cambio de unos miserables centavos que le dan el día de raya; lo que sabe es que hay un capataz que en su imaginación representa el principio de su autoridad brutal y feroz, que le obliga al trabajo rudo, bajo la pena de hacerle perecer de miseria.

Es un error creer que todas las revoluciones son esencialmente políticas. Las que tienen este carácter, no provocan nunca hondas perturbaciones, porque las reformas políticas que á virtud de ellas se implantan, no hieren profundamente seculares intereses. Dirigiéndose á la modificación de las relaciones del Estado con el ciudadano, y tendiendo, ante todo, á establecer un justo equilibrio entre estas relaciones, nadie se siente lastimado porque se le garanticen sus derechos políticos y mucho menos los individuos de las clases sociales de bajo nivel á quienes se les otorgan y á quienes se eleva realmente á la categoría de factores de la vida nacional. Las revoluciones políticas que tienen por objeto la caída de un Gobierno aristocrático, y de consiguiente, la introducción de leyes que llamen á la vida pública al mayor número de ciudadanos posible, chocan contra la resistencia de las clases sociales políticamente privilegiadas; no es el pueblo el que repugna tales reformas que le llaman á la vida pública y que le otorgan derechos que lo ponen en un plan de igualdad con las clases sociales que hasta entonces se consideraron políticamente superiores. Ante la amenaza de la piqueta demoledora, los privilegiados reaccionan é intentan la contrarrevolución para reconquistar el privilegio que se les arrebata. Pero si la reacción fracasa y la libertad se afirma, la sociedad se tranquiliza, porque, en realidad, las altas clases sociales no han sufrido en sus intereses: simplemente se ha ampliado á mayor número la garantía efectiva de los derechos primitivos con que el hombre nace. Asombraría, en verdad, ver á un pueblo levantado en armas para conquistar sus derechos políticos tradicionalmente negados y contemplarlo, una vez realizada la conquista, persistiendo en una actitud rebelde que carecería de objeto.

Las revoluciones sociales son más temibles que las revoluciones políticas, porque no se limitan á la conquista de un derecho cuyo ejercicio es inherente á la personalidad humana, sino que tienden á la transformación radical del modo de ser de la sociedad; al trastorno profundo de las bases en que se asienta y á la modificación completa de las reglas tradicionales sobre que se ha venido desenvolviendo en el curso de su civilización. Estos trastornos profundos son amenazadores y desquiciadores, y como tienen por bandera la absurda idea de la igualdad absoluta, la abolición de la propiedad privada, la ruptura de los cánones religiosos y hasta los que sirven de base á la constitución de la familia, provocan vorágines espantosas, en las cuales naufragan todos los principios y se desquician todos los cimientos, y la sociedad queda suspensa en el vacío, expuesta á que naciones poderosas se aprovechen de su anarquía y la esclavicen so pretexto de humanidad y so pretexto de salvarla.

Zapata ha iniciado una revolución social «sui géneris» en nuestro país. Y ante la tremenda amenaza que implica el rabioso comunismo agrario que predica, ante el estrangulamiento que entraña el principio absurdo de igualdad absoluta que inspira á sus hordas, la sociedad tiembla de estupor, porque comprende que es la barbarie armada y numerosa la que se arroja sobre ella, pretendiendo aniquilar todo el pasado, demoler el edificio social, arrasar con las tradiciones de propiedad y de orden y destruirla en todos sus cimientos, para construir sobre lo demolido una nueva situación anárquica, que sería insostenible dentro de la actual civilización del mundo y que traería, irremisiblemente, como consecuencia, la supresión de la nacionalidad. Ante amenaza tan terrible, la sociedad debe reaccionar y apercibirse á la defensa de sus intereses que, en último análisis, es la defensa de la Patria. Poco importa que los ideales del zapatismo sean justos ó injustos; ni es tiempo de discutir si esos ideales tendrán algún día su completa realización, ni nos importa ahora considerar si los profetas de este socialismo á los cuales hoy tenemos por criminales alzados contra la moral y contra la justicia, tales como actualmente se entienden, serán mañana venerados como los mártires de una nueva religión renovadora de las fuerzas y de las energías sociales. Lo que importa, es penetrarnos de que está la vida nacional en peligro; de que la Patria se desangra por mil heridas, y que nuestro deber es salvarla á todo trance. Conforme á las leyes que norman la sociedad actual, Zapata y los zapatistas son criminales, porque todavía no hemos llegado á una situación de progreso tan grande que consideremos como robo la propiedad ni como injusto el fenómeno natural de las gerarquías sociales. A las grandes crísis por que atraviesan las naciones en el curso de su evolución social y política, deben oponerse para conjurarlas grandes resoluciones. Estas son las que pide México á campana herida, en retorcimientos de angustiosa desesperación. La gangrena exige la amputación; y ante la ola de barbarie que se lanza para aniquilar las bases sociales, no debemos vacilar en aplicar cauterios dolorosos. Es pueril la idea de aniquilar al zapatismo haciéndole las concesiones que pide. Esto constituiría su triunfo y el aniquilamiento de la sociedad que resultaría derrotada sin la gloria de la lucha. Debe concedérsele, sí, lo que en el concepto actual de la justicia es justo que se le conceda.

El camino de la conciliación para resolver de raíz el problema, es imposible, porque es imposible conciliar los intereses del que nada tiene y lo quiere todo con los intereses del que todo lo tiene y nada otorga. Estamos en plena batalla y no hay más recurso que la guerra sin cuartel...»

Manifiesto de los anarquistas de Montevideo contra el periodismo argentino

LOS ANARQUISTAS Y EL PERIODISMO — EL MITIN PRO-LIBERTAD DE IMPRENTA

(De "Crónicas Subversivas")

Nadie más privado de libertad que el anarquista. Y á nadie se le exije más imperiosamente que respete la libertad de los demás.

El anarquista es, por el sólo hecho de ser tal, de pensar que la Anarquía es un ideal superior á los demás, un delincuente y todo el mundo se considera autorizado para vejarlo y maltratarlo.

La policía lo detiene, lo retrata, lo filia, lo identifica por todos los sistemas conocidos, lo vigila, lo expulsa.... No hacen falta leyes para ello, ni que esté exento de delitos. Es anarquista y basta.

El patrón le niega trabajo.

El burgués de toda laya le mira con recelo.

El periodismo le vitupera.

En suma; el anarquista es el paria, el ilota, el leproso de la sociedad moderna.

Y él, el matratado, debe respetar sumisa, humildemente, á todo el mundo, hasta á quienes más lo zahieren y ofenden.

¿Qué han hecho los anarquistas?

Algunos, diez, veinte, cien, han entregado sus cabezas á la guillotina ó sus pechos á las balas en pago de algún acto tal vez vengativo, tal vez de defensa, tal vez justiciero.

Los demás han propagado sus ideas mejor ó peor, con frases bellas ó con apóstrofes, como han podido ó sabido.

Y estos conservadores de hoy, conservadores en el exacto sentido de la palabra, que no es el caprichoso inventado por el tan excelente pensador como desacertado político señor Rodó, que tratán de que persista lo existente por toda la eternidad, que habrían sido realistas en los días de la independencia americana, feudalistas en tiempos de la revolución francesa, inquisidores en la época de la reforma, quieren que los

anarquistas respeten las ideas de los demás, en tanto que ellos no tienen empacho en no respetarlos á ellos como hombres.

Porque el caso, curiosísimo en extremo, es que á los hombres se les zarandea y hostiliza, al par que se proclaman libertades y respetos á las ideas....

Una idea vale y es, sin embargo, menos que un hombre. Y si es erronea no vemos porque ha de ser respetada.

Perseguir al anarquista, acorralarlo, estar siempre con la frase despectiva ó injuriosa en los labios ó la pluma, no es nada.

Criticar, censurar ó apostrofar una idea, sobre todo si es la de nuestros conservadores, es todo un crímen.

Hay que ser corteses cultos....

Está permitido, cuando el entusiasmo exalta el ánimo, victorear y aplaudir á un orador.

Y se prohibe protestar y silvar, cuando los nervios se excitan ante la frase injusta, la peroración equivocada ó el concepto malintencionado.

Lo primero, es una gran demostración de civismo. Lo segundo un desorden, una muestra de incultura.

Si no está conforme, puede retirarse — dicen.

Y mientras el orador tiene libertad para decir cuanto se le antoje, el oyente está privado del derecho de protesta...

Cuando no hay más que dos individuos, uno frente á otro, ambos tienen igual derecho. Cuando ese uno es uno solo, frente á una multitud ésta carece de derecho... Y si se lo toma, merece el calificativo de inculta, de enemiga de la libertad.

¡Cultura! ¿Y en donde se ha enseñado cultura á las multitudes?

Ved los niños, los niños de las multitudes, golpeados en los hogares, golpeados en las escuelas, golpeados en las calles, golpeados en los talleres, golpeados en las comisarías, maltratados siempre y en todas partes. Ved como les hablan, ya hombres, los patrones y los empleados de gobierno, los burgueses y los polizontes; y vedlos siempre torpes no acertando ni á saludar, cohibidos por el temor, azorados por tantos y tantos golpes, hasta que desechando su corta edad, protestan.

¡Y se quiere que sean corteses y cultos!

Cuando han concebido ideales de emancipación y en vez del servilismo y la sumisión, levantan la cabeza como hombres que piensan y sienten, se les llama incultos.

Y es que hace falta sigan siempre sumisos, humildes, dóciles; que sean manejables; que continúen dejándose explotar, oprimir y manosear.

Se rebelan... He ahí el crímen.

Para los que miran el mundo desde los privilegios de su posición económica y social, la rebelión es un delito. Y para nada tienen en cuenta la legitimidad de la rebeldía y la ilegitimidad de esa posición suya.

¿Pero acaso esas demostraciones que se vituperan son exclusivas de los anarquistas? Nó.

Los hidalgos de España también arman escándalos en el Parlamento.

Esa pléyade de intelectuales que constituye el Congreso italiano, también se exalta y provoca tumultos.

Y los linajudos lores, suelen acalorarse, como los nobles austriacos y los burgueses alemanes.

En todas partes la convicción, el apasionamiento, la evidencia de la injusticia, sublevan y dan carácter tumultuoso á las que debieran ser justas de la razón.

No hay, cuando se tiene la pluma en la mano, que excederse en la consideración de lo que las lenguas gritaron. Que frente á las niveas carillas cabe una tranquilidad que la palabra no puede lograr cuando los nervios se distienden y vibran excitados por sucesos ó presencias irritantes.

Y cuando se sabe que en una multitud hay hombres que han sido arrancados á sus hogares, encerrados en un buque de guerra, golpeados con los machetes por una marinería disciplinada, rapados vergonzosamente á punta de tijera y expulsados después de toda esa serie de torturas y vejámenes sin permitirles llevar sus ropas ni recibir dinero de sus familias y amigos, fácil es comprender que los así maltratados no podían permanecer impasibles ante los representantes del periodismo del país de su expulsión, de ese periodismo que en general silenció esos hechos y pidió á gritos destemplados leyes represivas que comparadas con el proyecto restrictivo de la libertad de imprenta presentado al parlamento uruguayo, hacen de éste una ley suave y casi benévola.

¿Qué han hecho esos expulsados para ser objeto de tales iras?

Algunos han pronunciado discursos; otros han escrito artículos; los más han tomado parte en las huelgas, como las toman los obreros en todo el mundo. Y hasta hay quienes ni aún eso han hecho.

Porque los anarquistas de acción, como Radowisky, pagan con la prisión su acto de violencia.

Se ha llegado á la ferocidad en la Argentina para los sindicados con razón ó sin ella de profesar ideas anarquistas.

¡Y aún se pretende que permanezcan impasibles, corteses, cultos!

No son ciertamente unos cuantos gritos, tan grave represalia, para tocar á rebato y creer que Atila está á las puertas de... Montevideo.

Además, ¿no les dice nada á quienes de la «inculta y descortés» protesta, protestan, el asentimiento de esos seis mil ó más concurrentes al Politeama?

Apenas si unas treinta personas, manifestaron su disgusto retirándose del local.

Las demás, ni siquiera ahogaron con vivas á la Argentina, los denuestos de los irritados.

Y es que en la conciencia pública se ha hecho carne que hoy el país vecino ocupa el más bajo nivel entre todas las naciones civilizadas, por su legislación retrógada y opresiva.

Y es que todos saben que únicamente haciendo sentir la repulsa pública á los hombres de ese pueblo, se puede lograr que reaccionen contra la actual situación en que se encuentra.

Fueron esas demostraciones «descorteses» las que hicieron caer á Maura del poder desde donde ordenó el fusilamiento de Ferrer.

Fué el desconcepto en que cayó España en todo el mundo, quien puso en libertad á los torturados de Montjuich.

Y será esa protesta viviente contra la Argentina, la que acabará con las leyes infames de defensa social y residencia.

Hay que acicatear el amor propio de los argentinos ya que las víctimas presuntas de esas leyes, no pueden ni moverse sin verse envueltas en ellas, absorvidas por su articulado artero y cruel.

Y no debe verse en el giro que tomó el mitin del Politeama un desistimiento de la acción contra el proyecto de reforma de la ley de imprenta, por cuanto que esos mismos elementos «perturbadores» no perturbaron el mitin de Villa Muñoz y estarán siempre prontos á defender la libertad aquí, con el mismo tesón con que protestaron contra la representación argentina y con el mismo entusiasmo con que se adhirieron al comité de periodistas, hasta que dió la coincidencia de intervenir en la protesta por la libertad, los mismos que en su país han abogado por la tiranía. Que si ellos, personalmente, por sí mismos no lo han hecho, representaban al periodismo argentino, que de ello es harto culpable.

La Federación Obrera Regional Uruguaya — El Centro Internacional y las agrupaciones anarquistas de Montevideo.

Junio 23 de 1912.

El viejo Creaghe

El Dr. Juan Creaghe — el viejo Creaghe como le llaman aún los que no le vieron nunca — se ha puesto en viaje, después de vender los pocos muebles y útiles de cirugía que le quedaban, como un recuerdo de pasados días de holgura económica. Va en dirección á «Los Angeles», (Méjico), en donde piensa encontrar, en las filas de los comunistas agrarios que allí luchan bajo el lema de «¡Tierra y Libertad!» por el advenimiento de nuevas formas de convivencia social, un medio propicio al desarrollo de sus inagotables energías de sembrador de ideas y de médico humanitario.

Sabíamos que desde hace tiempo venía sosteniendo que la Argentina no es un país digno de la atención y de los esfuerzos de los hombres idealistas de cualquier tendencia que fuesen y que, por el contrario, los precursores de la sociedad futura, fraternal y libre, deben reconcentrar sus esperanzas en la alborada revolucionaria que empieza á despuntar más allá del Itsmo, al pie de las montañas mexicanas; conocíamos sus pensamientos en este sentido, pero nunca llegamos á creer que á su edad y estando tan vinculado en este medio, pudiera abandonarnos tan de pronto.

Estas son las informaciones que recibí de un amigo mío, que lo es también del doctor Creaghe, á mi llegada á la capital argentina, después de más de seis meses de destierro involuntario.

—

¡He aquí un héroe!... Este viejo que ha visto pasar, bajo la mirada de sus ojos límpidos y serenos, casi tres cuartos de siglo de vida humana y que apesar de ello conserva en el espíritu, como uno de esos quebrachos centenarios de nuestras selvas en el verdor de su copa, la lozanía y el vigor de una existencia en primavera; este viejo que así, de golpe, en un solo impulso de su alma de santo abandona el país en que ha visto florecer y desarrollarse á sus hijos espirituales — ya que no los tenía de verdad; lo mismo que aquella otra esforzada del ideal que fué Luisa Michel — al cual debía estar fatalmente relacionado por toda una poderosa raigambre de lazos morales y materiales y al que sin duda debía amar con toda la fuerza de que era capaz su afinada sensibilidad... ¡este viejo es un héroe!

¡Conózcanle ahora, siquiera en este último y bello gesto los fariseos de la mayoría que no creen en otros valores humanos que no sean aquellos en que justiprecian la venta de sus conciencias! ¡Conózcanle las gentes «prácticas» que ignoran la existencia de hombres capaces de entregarse lo mismo á un ideal que á una mujer!...

—

Voluntad inquebrantable, como de roble; desbordante de bondad, lo mismo que un vaso que se sobrara de vino generoso; con un valor de héroe legendario en el pecho varonil y empenachado con un rayo del ideal más alto que han de ver los siglos... Tal es el Dr. Juan Creaghe, el viejo león anárquico que hoy nos abandona para ir á deponer el tesoro de sus últimas energías. —único tesoro de un hombre que pudo haber sido millonario y poderoso y que no lo fué porque no se puede serlo cuando se tiene un alma tan bien puesta como la suya—á deponer sus energías en bien de la causa de los rebeldes mejicanos.

J. Emiliano Carulla.

"LA CRUZ" * Drama en tres actos por ALBERTO GHIRALDO :: :: y FLORENCIO FERNANDEZ GOMEZ. :: ::

ACABA DE APARECER

Un volumen de 150 pág. Precio 1 $ m/n

Pedidos á "IDEAS Y FIGURAS" — Sarmiento 2021, Buenos Aires.
Se enviará libre de porte por correo á toda la república.

OBRAS DE ALBERTO GHIRALDO

EN VENTA:

TRIUNFOS NUEVOS — (Versos) Un volúmen de 208 páginas $ 1.00 m/n.
GESTA — (Prosa) Un volùmen de 260 pág. (3ª. edción)$ 1.00 m/n.
ALMA GAUCHA — (Drama en tres actos) (2ª. edición)$ 0.50 m/n.
ALAS — (Comedia en un acto) $ 0.50 m/n.
LA CRUZ — Un volúmen. (Drama en tres actos en colaboración con Florencio Fernández Gómez). $ 1.— m/n.

A PUBLICARSE:

CRÓNICAS ARGENTINAS — Tomo I.
MÚSICA PROHIBIDA — Un volúmen. (Segunda edición).
CARNE DOLIENTE — Un volúmen. (Segunda edición).
LA TIRANIA DEL FRAC... — (Crónica de un preso). Un volúmen. (Segunda edición).
LOS NUEVOS CAMINOS - (Segunda edición).

Depósito de estas obras:

Administración de IDEAS Y FIGURAS, Sarmiento 2021, Buenos Aires. Se atienden pedidos por correo, libres de porte. Descuento á los libreros y agentes de la revista.

Administración de IDEAS Y FIGURAS: SARMIENTO 2021-Bs. Aires ----- Número suelto: 20 centavos
Agente en Montevideo: Antonio Padula - San José 305